

y que no sería yo despedido de mi empleo. Fingí creerlo y le dí las gracias.

Mi situación, sin embargo, estaba llena de dificultades, que á cada momento me ponían en verdaderos apuros. Procuraba yo á toda costa no estar solo con Vaqueril, temiendo no me hablara de la Cabezudita y tratara de avanzar más en sus confidencias conmigo; y para conseguirlo me servía á maravilla la afición que me tomó Miguel, quien no se hartaba de hablarme de Remedios y de contarme cuanto pensaba y soñaba, cuanto intentaba y hacía.

Recuerdo que en los primeros días de Agosto, como Miguel tardara un poco en llegar á la oficina, adelantándosele Don Sixto Liborio, hubo de encontrarme solo; y después de entregarme algunas, cartas dándome explicaciones ú ordenes sobre ellas, que no acostumbraba comunicarme nunca, tomó como pretexto á Don Mateo para llegar á esta pregunta:

—Hombre, ¿y su sobrina? hace tiempo que no la veo.

—Tampoco yo; contesté.

—Vaya con vd. hombre, ¿siendo su paisano!

—Ya en otra ocasión indiqué á vd., señor, que el Coronel no me quiere.

—Es verdad. Y por supuesto que Cabezudo, con su carácter feroz, da una vida de perros á esa pobre niña.

—No, señor; respondí ingenuamente. La quiero como á las niñas de sus ojos y la mira como una madre.

—¡Sí! exclamó admirado Vaqueril, y aun quizá picado. Pero me dicen que es muy miserable; de suerte que la sobrina no tendrá nada de lo que desea.

—Lo contrario, señor; dije, ya con malicia é intención; en mi pueblo todo el mundo sabía que Remedios tenía, no sólo lo que deseaba, sino mucho más. Don Mateo es muy franco; pero tratándose de su sobrina es pródigo.

—Sin embargo, replicó el Gobernador, algo amostasado yo campadezco siempre á esa niña tan hermosa y que revela buenas inclinaciones, cuando considero la educación que debe de haber recibido. En manos de Cabezudo, de seguro que aprendió mil defectos y ninguna virtud.

Quando iba á contrariar por tercera vez el empeño de D. Sixto de encontrar un lado vulnerable á Remedios, Miguel entró en la oficina y detuvo en mis labios la palabra.

Desazonado á mi vez, me retiré á una mesa, mientras en la otra comenzó el acuerdo; pero tal fué éste, que quiero en sustancia referirle, para que quede asentado por escritura y pase á la memoria de la gente.

Comenzó por algunas cartas de poca importancia, que no dieron lugar ni motivo á razones dignas de referirse; pero tocó su vez á alguna de más cuenta, cuyos conceptos no escuché; pero que fué causa de que Miguel dijera:

—Creo que esto no se concederá.

—Sí, hombre; tenemos que concederle á este pobre ese empleo en que al fin y al cabo no nos perjudica.

—Pero, señor; replicó el joven, ¿no es este mismo el Pasquín que estuvo de Juez en Santa Teresa?

—Cabalmente.

—Pues este Pasquín se quedó en aquel

juzgado con tres depósitos, y ponía á los reos en libertad por tanto más cuanto.

—Pero, hombre; vd. siempre con su manía de buscar immaculados! Convéznase de que eso no es posible; no, señor; ni siquiera conveniente.

—¡Acaso no hay gente honrada en el Estado! exclamó Miguel con enérgica expresión.

—Pues no hay remedio, dijo Vaqueril en tono de punto final.

—Si vd. quisiera. . . . .

—Vamos, hombre; añadió el Gobernador bajando la voz; Pasquín está casado con una sobrina de Pérez Gavilán, y yo no he podido negar á éste el servicio. ¡Ya sabe vd. lo que es Pérez Gavilán!

—¡Siempre ese caballero! murmuró Miguel.

—Deje vd. de odios, Miguelito; no sea vd. niño.

Y pasaron á otra cosa. Quise dedicarme á poner en orden un legajo, y aun andaba en las preliminares de mi tarea, cuando el joven exclamó:

— ¡No puede darse mayor descaro! Ese distrito no da un centavo al fisco, y este bribón ni siquiera lo disimula. No tolere vd. más semejante conducta, ó el ejemplo cundirá.

— Convenido que es un bribón; pero ya yo lo sabía desde que le nombré Recaudador. Hombre, le digo á vd. más: para eso le nombré.

Y miró con aire de vanidad á Miguel.

— ¡Pero es posible, señor!

— Sí, hijo; para que se entretenga y no nos moleste. Es un hombre que mueve el distrito con un dedo, y á no ser por ese empleo se mete con Baraja cuando el plan de Venta-quemada, y la cosa se pone seria.

Armóse una discusión acalorada, en medio de la cual Miguel tomó la palabra con brío; y con inspiración digna de la tribuna popular, lanzó los más terribles cargos contra aquel sistema escandaloso. Se había puesto en pié, y con el rostro encendido y los ojos chispeantes, hablaba con la elocuencia propia de los oradores de buena fe en causa honrada. Cuando terminó su discurso, Don

Sixto Liborio le miraba con expresión de lástima y plegando maliciosamente los labios.

— Mire vd. Miguelito, le dijo; haga vd. lo que he dispuesto, y modere sus tendencias, si quiere llegar á ser algo. Ya se lo he dicho muchas veces. Ustedes los jóvenes, salen del colegio muy satisfechos de sus teorías y se creen capaces de gobernar el mundo; pero en la práctica se estrella todo eso... se estrella todo eso. Aquí es necesario hacer lo que conviene y nada más; aquí no venga con las leyes, porque no se puede gobernar con las leyes, sino que muchas veces es preciso hacer otra cosa; sí, señor, hacer otra cosa, ¿me entiende? Bueno, pues ahí tiene vd. á Baraja, que siempre ha sido mi enemigo y hombre malo; pues yo no quería darle la Jefatura; pero Don Vicente, el Secretario, me llamó la atención y me aconsejó que le diera la Jefatura, y se la dí; porque Don Vicente es muy práctico en esto. Trajimos á Gavilán al Congreso poco después, y con esas dos medidas muy oportunas, ya ve vd. cómo esto parece una balsa de aceite.

Miguel había apoyado la frente en la

mano, vuelto á su asiento, y oía en silencio la cansada disertación de Vaqueril.

—Vamos, continuó éste ¿y qué sacaríamos con quitar á este Recaudador? Nada: que entrarían al erario algunos fondos de poca importancia, y tendríamos un enemigo que vale un distrito entero. Esto será muy legal; pero no es político, y la política es lo primero. ¿Me entiende? la política es lo primero. Por eso dice Don Vicente que ustedes los jóvenes traen aquí sus teorías; pero que las teorías se estrellan en la práctica; que después de que reciben su título, necesitan la segunda enseñanza, que es la del mundo. Usted es todavía muy niño y muy bisoño. Yo no soy hombre de letras; pero tengo mucho mundo y soy práctico. . . . . soy práctico. Déjese de arrebatos de colegio, hombre, y siga mis consejos; porque al fin, yo he visto ya muchas cosas y vd. sólo las ha leído, que es diferente, porque hay cosas que nadie las escribe. Usted es muchacho de porvenir, pero es preciso que aprenda y que escarmiente en cabeza ajena. Conque no hay remedio: contéstele de conformidad.

Y pasaron á otra cosa.

Miguel tenía las orejas como dos tomates, y hablaba lo menos que podía, breve y secamente. Hizo alguna nueva observación; pero sin insistir, y con mal modo; y Vaqueril, después de algunas palabras que no oí bien, añadió como razón suprema:

—Es empeño de Eulalia.

El joven levantó la cabeza y miró al Gobernador, como si no pudiendo refrenar la lengua fuese á decir algo; pero Vaqueril le salió al encuentro con su acostumbrado punto final.

—No hay remedio.

Cuando el acuerdo concluyó, Don Sixto creyó conveniente añadir algunas explicaciones al exaltado joven.

—No está vd. bien enterado de la política, le dijo; y por eso no comprende mis actos. Ya yo sé que es mejor el orden, la moralidad, la ley, que dar pasos como estos; pero es preciso atender á las circunstancias, y obrar según lo quieran los tiempos.

Bajó un poco la voz y continuó:

—Voy á hacerle á vd. confianza que debo

hacerle; porque es vd. buen amigo mío y está identificado con los intereses de la *administración*. Por supuesto que son de la mayor reserva.

Miguel abrió los ojos cuanto pudo y miró fijamente á Vaqueril.

—La cosa anda mal por *allá arriba*, prosiguió éste misteriosamente.

—¡Que anda mal!

—Bastante mal. Desde hace un mes estoy recibiendo cartas como estas que me llegaron por el último correo. No he dado á vd. conocimiento del asunto, porque sus escrúpulos no se prestan para estas cosas esencialmente políticas. Pero me empeño en que sea vd. hombre ya; quiero formarle, y es preciso que vaya vd. conociendo el mundo..... conociendo el mundo.

Mientras esto decía, registraba un revuelto montón de papeles sacados de la bolsa; de entre los cuales separó al fin dos ó tres que Miguel leyó para sí, murmurando de vez en cuando:

—¡Qué atrocidad...! ¡Parece increíble!

—Ya ve vd., pues, que el asunto es grave.

Necesitamos, por lo mismo, tener esto arreglado; quitar estorbos, cualesquiera que sean; contentar á los enemigos y tenerlos interesados en la suerte del Gobierno.

—Es verdad, murmuró Miguel como penitente humillado. Pero supongo que vd. habrá rechazado y combatirá estas ideas.

—¿Está vd. loco, hombre? exclamó Vaqueril casi enojado. ¿Le parece á vd. prudente meterse uno á quijotear á estas horas? Cinco Estados de acuerdo; ¡y qué Estados! Luego, todo lo que surge después; por eso Don Vicente me ha dicho que hay que manifestarles simpatías, pero sin adquirir compromiso; y esto es muy bien pensado; es muy bien pensado. Así lo hemos hecho; y no crea vd. que aquí haya nada de inconveniente por tratarse de *los de arriba*. Hombre, si esto ya es la manifestación de la voluntad de la República. En fin, piense sobre esto y ya hablaremos; porque yo quiero que vd. tome parte en todo lo del Gobierno para levantarle ¿me entiende? para formarle á vd., hombre!

Hablaron algo más, guardóse sus cartas; y un cuarto de hora después, el Gobernador

pasó al despacho oficial, dejándonos solos á Miguel y á mí.

El joven arrojó las cartas sobre la mesa en que yo escribía, y paseándose á lo largo de la oficina, murmuraba entre dientes palabras que yo no podía entender. Detúvose después frente á mí y con voz colérica me dijo:

—Juan, yo no sirvo para esto. Yo no entiendo cómo por intereses de partido ¡qué partido! por intereses personales, pueden sacrificarse la justicia y la conveniencia pública. Entónces, esto no es gobierno, puesto que no tiene por objeto gobernar, sino andar en los enredos que quieren llamar política, para halagar á todo el mundo y no tener descontentos á tres ó cuatro pillos. Si el cargo de juez tiene por objeto hacer justicia, yo no me explico que pueda conferirse con más mira que con la de que haga justicia. Si el catedrático está pagado para enseñar, no consiento en que pueda nombrársele sino con el fin de que enseñe. Pero aquí se nombra un juez para que su familia tenga de qué vivir; un catedrático para que Baraja no se pronuncie; un jefe político, para que vaya á cambiar ai-

res, y un recaudador para que se haga rico. No sirvo, no puedo yo servir para esto.

Retiróse Miguel á su mesa y mientras él permanecía pensativo y cabizbajo, empecé mi tarea de contestar las cartas según lo mandaban las notas.

El diputado volvió á acercarse á mi mesa, media hora después, y más que preguntándome, hablando consigo mismo, dijo pausadamente:

—¿Y qué participio querrá Don Sixto que yo tome en ese asunto?

Otra vez recorrió la estancia de extremo á extremo y se sentó después, quedando pensativo. Comprendí que sus cavilaciones tomaban rumbo nuevo.

Entró el Gobernador á las doce, firmó las cartas y me dijo:

—Quiñones: hágame favor de ir á mi casa y decir á mi esposa que me voy á comer con Cabezado, que ha venido á invitarme.

El corazón me dió un salto y sentí que toda la sangre acudía á mis pies; pero procuré serenarme y salí acompañado de Miguel que se retiraba á su casa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO.

El jóven había pensado mucho y por rumbo antes no explorados sin duda, puesto que en el corto espacio que fuimos juntos me dijo:

—Pensando bien, comprende uno las dificultades que encierra en nuestro país la ciencia de gobernar. No podemos condenar por la sola inspiración de la honradez, por las teorías, sin exponernos á ser injustos. Es cosa de volverse loco. Si el Gobierno necesita como base absolutamente indispensable, el mantenimiento de la paz; si la paz solo se logra y sostiene contentando á tres ó cuatro revoltosos. . . . pues, la verdad que esto es menos malo que andar metidos en una bola eterna.

Le miré la cara, y me pareció que el mal humor desaparecía de su semblante franco y simpático; aunque en aquel momento me lo pareció menos.

Encontré en su mirada un no sé qué vulgar.



## VIII

### La Gobernadora.

**P**UESTO en presencia de la Gobernadora por oficios de una criada que salió á recibirme, dije á la señora lo que Viqueril me había encargado; y aunque al hacerlo tratara de manifestar la mayor naturalidad y desembarazada cortesía, no dejó de estorbarme el expedito uso de la lengua, uno como rubor que me asaltó súbitamente al transmitir aquel recado, el cual por proceder de una invitación del Coronel y por venir á la Gobernadora, era para mí dos veces humillante.

Doña Eulalia no miraba en pequeñeces para dejar correr por sus naturales corrientes su irritable carácter; y así fué que á medida que yo hablaba, á ella se le iba un color y otro le venía, contrayéndose nerviosamente sus trémulos lábios, allá por los límites de las adobadas mejillas.

—Muy bien; me dijo al cabo, con una sonrisa de cólera (que sí las hay). Por supuesto que Roquete se fué también con el Gobernador á casa de Cabezudo.

—No sé, señora.

—Sí, sí; ya comprendo de qué se trata. Roquete no puede faltar allí. Entre vd. pase á sentarse. . . . Entre vd. le digo y déjese de excusas.

Y me cogió por el brazo, mientras gritaba:

—¡Candela! Ven acá, que aquí está Quiñones.

—¡Voy! contestó la hija desde su alcoba.

—Siéntese vd., continuó la Gobernadora, mientras yo estupefacto no sabía donde poner el sombrero. ¿Vd. sabe quién es Roquete? Pues Roquete es un desgraciado, que

cuando mi esposo andaba en sus negocios de comercio, antes de ser gobernador, tenía una barbería de mala muerte en el barrio de Cochinitos, y sólo los domingos se ponía una chaquetita de dril. Le hizo no sé que trampa á Don Vicente Torvado, quien despues influyó en mi marido para que fuera algo en el Gobierno, con el fin de cobrarse de los sueldos la suma que Roquete le debía. Vaqueril le nombró oficial de policía, solo por el tiempo necesario para que Don Vicente se cobrara; pero cuando esto quedó concluido, ya este bribón se había colocado muy bien en el ánimo de Vaqueril, por sus buenos servicios, y fué electo diputado á la Legislatura. Ahí tiene vd. á Roquete, ni más ni menos.

Perfectamente: ahí tenía yo á Roquete, sin punto ni coma de más ni de ménos. Ya me sabía yo todo eso, y aun lo misterioso de sus servicios, todavía no bien definidos por la opinión pública, no obstante que la tal es muy ducha y fina para esto de aclarar misterios. Pero todo aquello no me sacaba de mi estupefacción, sino antes bien me empujaba por ella adentro, al verme tratado con tal con-



fianza por la Gobernadora, como visita muy usada y frecuente.

—¡Candela! volvió á gritar.

—¡Voy mamá! contestó la voz de Candelarita.

—Pues no le quepa duda que Roquete acompañó á Vaqueril, dijo la Gobernadora. Y dígame vd. ¿este Cabezudo es muy animal? A mí me parece que sí; pero vd. que es su paisano debe de saberlo mejor.

—Pues, señora. . . murmuré yo sin saber que decir, y enrojecido el semblante, porque iba ya comprendiendo algo.

—Claro, hijo; claro hable vd. y sin rodeos.

—Me parece algo tonto; pero. . .

—Pero lo es mucho ¿verdad? Así me lo he figurado siempre; y como á mi me parece mejor tratar con fieras que con asnos, no es este Coronel de mi devoción. No; no me puede entrar. Sin embargo, vea vd., su sobrina me parece otra cosa; es niña que me simpatisa y que encuentro hermosa.

De tal modo trató doña Eulalia de mostrar naturalidad al decir esto, que comprendí inmediatamente que sabía mi inclinación

á Remedios ó quizá mis relaciones con ella. Algo más se me aclaró entonces la vista.

—¿Y Miguel? preguntó con intención dolosa muy manifiesta.

—Se retiró á su casa, respondí.

Sonrió maliciosamente la Gobernadora y dijo.

—Es natural.

Candelarita entró en la sala, y yo me puse en pié y salí á su encuentro para saludarla, aunque todas aquellas cortesías me ponían colorado y tembloroso, como que no estaba acostumbrado á salas con alfombras ni á familias de gobernadores.

—Se queda vd. á comer con nosotras, me dijo Doña Eulalia.

Y cuando iba yo á urdir alguna excusa torpemente, según lo imprevisto de mi situación, la Gobernadora me cerró la boca con estas palabras:

—Se queda vd.

No necesitaria más el hombre menos avisado, para comprender que todo aquel embolismo venía de trastienda oscura y sospechosa; y yo, echado á fuerza por tal camino,

hube de resolverme á usar de la más fina y refinada malicia que pudiese alcanzar un ingenio poco ejercitado en el oficio.

No tardó en asomar por allí Conchita, y á poco rato Panchito, quien se me quedaba mirando con impertinente atención, que tuve desde luego por preliminar de confianzas cargantes y fastidiosas. Sixtito y José María se habían quedado á comer en casa de un catedrático que los quería mucho, por talentosos y aplicados.

La copita anunciadora de la sopa y la sopa misma, me supieron á réjalgas, según estaba de cortado y afligido. Recuerdo haber volcado algún trasto con el codo, amén de otras torpezas por el estilo.

Durante la comida, cargó la conversación sobre el baile, aunque quisiera yo que más bien cargara sobre mis huesos; porque me temía que llegara á donde por fin hubo de llegar: á Remedios. Pero continuó aquí lo extraordinario; que no lo fué poco para mí oír á Candelaria poner por las nubes la belleza de la pedreña, admirar su natural garbo y magestuoso porte, y decir no sé cuantas co-

sas más, que daban al traste con mis propósitos de mantenerme malicioso y desconfiado. Concha me miraba con timidez y como á hurtadillas, sin despegar los labios, si no era para consentir en lo que su hermana decía apoyándose en su opinión.

Cuando nos levantamos de la mesa, sentí un mareo que me dió á entender que Doña Eulalia me había menudeado las copitas de vino, más de lo que mi sensatez era capaz de resistir. Y en efecto, recuerdo que elogí con algún calor á Remedios y que tuve la debilidad de dar á entender que era antigua conocida y amiga mía; esto con tono un poco inflado y vanidoso.

Concha estaba seria y se retiró á su cuarto; pero en cambio, la Gobernadora y Candelaria demostraban grandísimo contento:

—Vamos, Quiñones, me dijo la primera, con acento de amable confianza; confiésemes vd. una cosa.

—¿Cuál señora?

—Pero me lo confiesa vd.

—Diré la verdad.

—¿Palabra de honor? añadió Candelaria.

—Palabra de honor.

—Vd. está enamorado de la Cabezudita.

Ya sabía que esta sería la pregunta, y estaba yo deseando que me la hicieran; pero al oirla, tuve un momento de lucidez para comprender que aquella confesión era tan indiscreta como necia. Lo negué; hubo protestas, exigencias, risas y regaños; pero seguí negando y nadie me movió de allí.

—Está bien, dijo al fin la Gobernadora; pero por más que vd. lo niegue, yo estoy segura y nadie me lo quita de la cabeza. Y puesto que esto ha de serle indiferente, va vd. á hacerme el favor de ir en este momento á casa de Cabezudo.

—¡Yo! exclamé espantado.

—Ya sé que no le quiere, hombre; pero va vd. en nombre mío y esto le halagará.

—Pero, señora. . . .

—Nada; me dijo con voz imperiosa y poniendo cara de Gobernadora; vaya vd. y dígame de mi parte, que mañana le esperamos á comer.

No pude replicar y me despedí de ambas señoras, quienes me recomendaron que las vi-

sitara con frecuencia, pues querían contarme entre sus amigos, etc., etc.

En el zaguán de la casa del Coronel me detuve. El corazón me saltaba hasta cortar-me el aliento, y tomé la precaución de formular el recado y repetirle tres veces para estar expedito en el momento supremo. Hice un esfuerzo de voluntad y entrando por el patio, subí la escalera, que me sofocó mucho. Un criado me condujo hasta la puerta de la sala, y sin la precaución del anuncio, que poco se usa por allá entré á tiempo que Roquete decía al Coronel:

—El asalto de San Martín es el hecho más brillante de vd.

Remedios saltó del sillón en que estaba sentada, y fijó en los míos sus espantados ojos; Vaqueril, que hablaba con ella en voz baja y acercándosele demasiado, levantó la cabeza; y otro tanto hicieron el Coronel y Roquete que platicaban á buena distancia de la pareja, sobre las campañas de Cabezudo.

—¿Qué busca vd. aquí? me gritó éste con voz de trueno ¡A qué viene vd!

Y echando chispas por los ojos, avanzó

hacia la puerta, en donde yo había quedado como una estatua de rígido y frío.

No sé como expuse la invitación de Doña Eulalia; no sé qué me contestó el Coronel, aunque recuerdo que se inclinó delante de mí toscamente tres ó cuatro veces. Saludé y di dos pasos atrás ocultándome del Coronel, y desde el corredor dirigí una mirada á Remedios que debe de haber brillado con fulgores infernales, si es que asomó á mis ojos algo de lo que sentía en el corazón.



## IX

### Tonterías.

**V**AGUÉ por las calles de la ciudad al acaso y sin advertencia de lo que hacía; en tanto que en mi mente se sucedían en confusión y con rapidez extraordinaria los pensamientos más extraños y las más tristes imaginaciones. Sin darme cuenta de ello, un nudo me apretaba la garganta, y sentía yo necesidad de llorar, de gritar ó de cometer un desatino cualquiera con el primer trau-